

## “El mejor y más elegante de Suramérica”

*Memorias de El Prado. Arquitectura y urbanismo, 1920-1960*

JESÚS FERRO BAYONA Y ROSSANA LLANOS DÍAZ (edición)  
Universidad del Norte, Barranquilla,  
2016, 190 pp.

SOBRE BARRANQUILLA y la modernidad, algunos historiadores colombianos han escrito ya importantes líneas; sin embargo, son pocos los que se han dedicado al análisis específico del barrio El Prado, el cual se promocionaba en 1933 como “el mejor y más elegante de Suramérica”; todo un logro de la Compañía Urbanizadora El Prado, conformada en 1920 por los hermanos Karl y Robert Parrish, James F. Harvey y los también hermanos Manuel y Enrique de la Rosa, según consta en el catálogo de venta de lotes que se mandó a elaborar con fotografías del alemán Erwin Heumann y que se conserva en la Biblioteca de la Universidad del Norte.

Para el historiador barranquillero Carlos Bell Lemus la creación de El Prado fue un hito importante para la capital del departamento del Atlántico. En su artículo “Urbanización El Prado en Barranquilla: Karl Parrish” Bell Lemus destaca que fue este norteamericano quien “propuso construir una nueva ciudad al lado de la existente; una que aprovechara el adelanto de Barranquilla y a la vez se proyectara como una nueva alternativa de vida para la minoría dirigente de la ciudad que podía costearla y mantenerla, y cuyo imaginario de ciudad estaba prefijado por los referentes estéticos de la modernidad europea y norteamericana”, y se convertiría en un hito del progreso colombiano. Se trató entonces de un lugar para extranjeros pudientes que migraron al Caribe durante las primeras décadas del siglo XX, y quienes se encontraron con la élite local en un espacio amplio, sofisticado, agradable, diseñado especialmente para superar el tedio y el atraso que se sentían en la zona tras el fin de la Primera Guerra Mundial.

Según Adelaida Sourdis Nájera, “Karl Parrish diseñó un barrio al estilo de los suburbios residenciales de los Estados Unidos, con grandes avenidas, parques, zonas verdes y amplios solares donde se levantaron hermosas quintas” (p. 62). En su artículo, “Barranquilla: ciudad emblemática de la república”, publicado en la revista *Credencial Historia* en abril de 2009, coincide con algunas ideas del profesor Javier Valencia Martínez al indicar que la urbanización del barrio obedeció a un proyecto muy bien organizado, que tendía a mejorar las condiciones de vida salubre en la ciudad.

El objetivo del libro de Ferro Bayona y Llanos es dar a conocer una excelente noticia: la donación del archivo de la compañía de Karl Parrish a la Universidad del Norte, para su cuidado y aprovechamiento en futuras investigaciones. El fondo contiene 134 fotografías, planos y documentos que abarcan el período de 1920-1960. El libro no busca solo resolver la pregunta acerca de cómo se concibió y urbanizó Barranquilla a comienzos del siglo XX, sino dar cuenta del potencial que tiene el archivo Parrish para enfrentar un proyecto mayor, el cual seguro se vinculará a la fuerte línea de investigación en historia urbana que posee la Universidad del Norte.

En ese sentido, el libro se hizo con la idea de invitar a cinco expertos cuyo conocimiento sobre urbanismo y arquitectura arrojará luces sobre El Prado. En primera instancia, Jorge Villalón Donoso nos habla del devenir social, político y económico en Barranquilla a comienzos del siglo XX. Se citan acontecimientos como la llegada del primer automóvil a la ciudad o la creación de instituciones modernizadoras, tales como la Cámara de Comercio o los primeros clubes. El capítulo ayuda a explicar el interés de los norteamericanos por asentarse en la ciudad, y es supremamente ordenado y exhaustivo al exponer datos y acontecimientos de manera cronológica. Así mismo, el texto es un aporte para entender cómo los hermanos Parrish participaron en la planeación urbana de Barranquilla; ellos concretaron sus ideas en un proyecto que hizo ciudad, pero además obtuvieron réditos de la especulación inmobiliaria a lo largo de casi medio siglo de trabajo corporativo.

El primer capítulo estuvo a cargo de Rossana Llanos y consiste en una compilación de datos biográficos acerca de la élite barranquillera entre 1920 y 1945, todos asociados a la firma Parrish en el proyecto que urbanizó El Prado. El texto introduce a la explicación sobre el proceso de loteo del barrio, pero deja de lado el uso antiguo que se le daba al suelo o la manera como se adquirían las tierras. Gracias a otros autores, como Carlos Bell Lemus o Eduardo Posada Carbó, sabemos que los hermanos Parrish llegaron a Colombia seducidos por la explotación de minas de oro y, luego de acumular un capital, trasladaron sus intereses hacia el negocio inmobiliario. Habría sido muy interesante contar en el libro con la lista completa de los compradores, su nacionalidad y oficio, así como su orientación religiosa o ideológica, pues “lo exclusivo del barrio” radicaba en la gente que lo habitaba, y sobre esa historia social es poco lo que se sabe.

El segundo capítulo, “Urbanismo de El Prado, 1920 y 1960”, escrito por Walberto Badillo, Rafael Iglesias y Rossana Llanos, propone la valiosa hipótesis de que su construcción fue “el detonante de la primera gran expansión de Barranquilla”. Se trata de un texto con grandes pretensiones, no se detiene en fechas, lugares, hitos, protagonistas e intenciones, brindando una explicación bastante sucinta de lo que seguro fue un proceso complejo y con grandes repercusiones en el resto de la ciudad. Mucho más interesante resulta la presentación de la cartografía histórica, aunque se podría aprovechar más al cotejarla con la publicidad que aparecía en la prensa local. De todas maneras, el capítulo deja abierto un sendero interesante, que consiste en mirar el impacto que tuvo la gestión de la empresa de Parrish en la urbanización de otros sectores, tales como Bellavista, Altos del Prado, Granadillo, Ciudad Jardín, Los Alpes, La Campiña, Nuevo Horizonte, La Florida, América, Colombia, El Porvenir y hasta algunos sectores deprimidos como San José, Cevillar y Montes.

De gran interés resulta la lectura del tercer capítulo, sobre “las arquitecturas” que aparecieron en los lotes vendidos por la compañía. Allí, los investigadores Óscar Ángel y Rossa-

na Llanos encuentran la guía cauta y oportuna del experimentado arquitecto e historiador Juan Carlos Pérgolis Valsecchi para concluir acerca de las múltiples manifestaciones estilísticas y formales que le dieron vida al barrio, aspecto ecléctico que estaba alimentado por la variedad de culturas y religiones que habitaron el lugar. En definitiva, un tema que merece ser tratado en un libro aparte, donde los autores puedan explicar con mayor detalle los aspectos constitutivos de estas ricas y variopintas arquitecturas modernas, las cuales, nos recuerda Pérgolis, tuvieron como característica particular el haber surgido en medio del Caribe tropical. A Rossana Llanos le interesaba ver lo singular de esas “arquitecturas” y por esa senda proporciona pistas que son claves para comprender la presencia norteamericana en el amplio territorio que rodea al Canal de Panamá, lugar estratégico para las naciones que participaron en las dos guerras mundiales del siglo XX.

Finaliza el libro con la valiosa idea de convertir el barrio en un centro patrimonial, abierto a la experiencia viva del recorrido por sus calles, historias y anécdotas, proyecto que lidera la Universidad del Norte desde una perspectiva de extensión solidaria con los vecinos del sector. Sobresale la manera como se ha definido una ruta que permite trabajar a partir de siete ejes temáticos: monumentos, parques, clínica, iglesias, instalaciones educativas, lugares para el esparcimiento y residencias, aspectos que aparecen muy bien representados en la cartografía y la señalética que acompañan al libro.

Resulta importante que el repertorio iconográfico acumulado por la firma de los hermanos Parrish, y que conserva hoy la Universidad del Norte, sirva también para hacer una lectura simbólica y cultural de las estructuras sociales presentes en la conformación del barrio El Prado, conjunto urbano que fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional mediante la resolución 0087 del Ministerio de Cultura, el 2 de febrero de 2005.

Contextualizar los escenarios donde la sociabilidad de la élite se producía y detallar las dinámicas de funcionamiento de los clubes, detenerse en los nombres de los estudiantes que asistían al Colegio Alemán, hablar de los

fundadores del barrio o caracterizar los deportes que allí se practicaban, puede marcar la senda para hacer una historia donde lo cultural y lo social adquieren sentido no solo para quienes están interesados en visitar los edificios y barrios antiguos, sino para recuperar aquellos “lugares de la memoria” de los cuales nos habla el historiador Pierre Nora. El libro nos invita a recorrer de manera crítica barrios modernos como El Prado en Barranquilla, e incluso es motivo para hacer comparaciones con el Vedado o Miramar en La Habana; con la Condesa o la Alameda en Ciudad de México, o con San Luis y La Magdalena en Bogotá.

Caminar la ciudad con curiosidad intelectual, y con ayudas didácticas como este libro, es una tarea que los ciudadanos debemos emprender. Esta publicación resulta útil para leerla en casa, pero se torna más interesante al tomar el plano anexo para ir a visitar el barrio y así provocar un acto dialéctico en el que surgen nuevas preguntas acerca de la historia de las ciudades.

**Ricardo Rivadeneira Velásquez**

Profesor

Universidad Nacional de Colombia